

¿Qué (no) hacer? Apuntes para una crítica de los regímenes emancipatorios. Buenos Aires: Libros de Anarres, 2012.

Miguel Mazzeo

Por Joaquín Montico Dipaul
y Nicolás Rubinstein
Facultad de Ciencias Sociales -UBA

Bogle sabía que un facsímil perfecto del anhelado Roger Charles Tichborne era de imposible obtención (...). Renunció, pues, a todo parecido. Intuyó que la enorme ineptitud de la pretensión sería una convincente prueba de que no se trataba de un fraude

Jorge Luis Borges, “El impostor inverosímil Tom Castro”

¿Qué (no) hacer? Apuntes para una crítica a los regímenes emancipatorios es el tercer libro de Miguel Mazzeo, editado y publicado por primera vez en 2005 por la editorial Antropofagia, reeditado esta vez por la ácrata editorial Libros de Anarres. El autor es docente de la Universidad de Buenos Aires (UBA), la Universidad de Lanús (UNLa) y un escritor prolífico de la llamada ‘izquierda no partidaria’, miembro del agrupamiento recientemente escindido FPDS-Corriente Nacional. El libro se inscribe explícitamente en el género de la “simple reflexión política militante”. Se propone “pone(r) a dialogar textos con praxis, praxis con praxis, en un sentido diacrónico y sincrónico” en tanto se requiere “pensar en función de un propósito colectivo” sin dejar de establecer un “vínculo estrecho con personas y procesos reales” para “ordenar y generalizar ideas surgidas al calor de las luchas populares recientes”. Según el autor, a lo largo de sus nueve capítulos, excursus (digresión) y anexo, se intenta una sistematización de los debates producidos en el seno de los movimientos populares en Argentina entre mediados de los 90 y 2003. La lectura del texto es amena y fluida, merced a un manejo deliberadamente ambiguo del lenguaje y el abuso de lugares comunes.

Contra lo que podría creerse a partir del título elegido —muy provocativo, sin

dudas—, el libro no es sólo (ni siquiera principalmente) una delimitación de la izquierda leninista tradicional. Esta delimitación es, en todo caso, el punto de partida.¹ La caducidad de dicho espacio político aparece justificada por un proceso de mutilación de las estructuras tradicionales de las organizaciones populares entre 1976 y 2001, mediante el cual “entran en crisis los viejos paradigmas de la organización del trabajo” y por lo tanto “los correspondientes colectivos de identificación”. “A partir de la segunda mitad de los 90 asistimos a una recomposición del campo popular en la Argentina, a un incipiente proceso de autonomización”. Emergen entonces “un conjunto de prácticas originales” en torno a las cuales “las clases subalternas comenzaron a reorganizarse”, “totalizaron y se totalizaron”. “Junto al desenvolvimiento de todas estas experiencias se fue incrementando la densidad asociativa de las clases subalternas (...) y la fe intensa y el entusiasmo (...), florecieron palabras (como) acción directa, construcción en redes, contrahegemonía, poder popular, contrapoder, antipoder, multiplicidad del sujeto, etcétera”.

La izquierda ‘tradicional’ queda catalogada bajo el ampuloso rótulo de “antiguo régimen emancipatorio”. Más adelante, se expulsa acerca de las “máquinas iluministas y antidialécticas” que “subestiman la capacidad de las masas”, “limitando su creatividad”, y terminaron “constituyendo un aparato siniestro, kafkiano y orwelliano, como un fin en sí mismo (...). El partido se convirtió en fetiche y máquina (...) universal” que puso “a los hombres a su servicio (...) como fieles y devotos” produciendo un “semiautomatismo” que combina “inconsciencia y vigilancia (transformando) lo vivo en reflejo invertido de los hombres” (Sartre). Si se llegó al final de esta espeluznante imagen, puede verse que nada nuevo hay por aquí.

Es el elefante, estúpido (¿?)

El desarrollo general del libro está orientado a una crítica del autonomismo, al cual se le imputan limitaciones tales como particularismo, adaptación, pasividad, ingenuidad o autocomplacencia. Se propone entonces superar el “socialismo en un solo barrio” (sic) y “pensar el Estado, el poder y la Nación” —temas que los cráneos del así llamado “nuevo régimen emancipatorio” suelen eludir con comodidad—, aunque sin dejar de considerar a “los espacios contrahegemónicos de la sociedad civil popular como los ámbitos privilegiados para la creación del poder popular”. A partir de este doble juego, en el que se destaca la importancia fundamental del poder político, pero se lo relega a un lugar secundario, Mazzeo se ve obligado a realizar verdaderas piruetas argumentativas, como veremos en algunos ejemplos más adelante.

La crítica al autonomismo aparece sintetizada de la siguiente manera:

(...) reivindicamos los ámbitos de sociabilidad alternativa a la que impone el capital y los espacios contrahegemónicos porque los consideramos justos y superadores del orden imperante y porque queremos hacer de ellos nuestro hogar permanente. Pero sucede que existe un poder, una totalidad totalizadora, que se dedica a imponer, por todos los medios, con todos los recursos, sus formas de hacer/pensar y los vínculos mercantiles y una idea negativa de la libertad. Contra eso debemos hacer algo. No podemos permanecer pasivos.

(...) Aunque nos opongamos a la perspectiva de un poder estatal “alternativo” no podemos dejar de lado la posibilidad de que esa dualidad desemboque en el restablecimiento del poder burgués y del poder constituido. Un conjunto de colectivos con perfiles intelectuales y con inquietudes más bien

teóricas han centrado su propuesta política en la desestructuración de la dominación. Nosotros estamos de acuerdo, pero creemos que es insuficiente.

(...) reivindicamos la función de los proyectos políticos alternativos.

Estas opiniones son profundizadas en tres capítulos con nombres elocuentes: “Crítica de la conciencia ingenua”, “El elefante existe” y “El socialismo en un solo barrio y el radicalismo pasivo”.

El interés de la obra (que abunda en debates bastante pasados de moda) reside en el análisis de las concepciones teóricas expresadas, en especial respecto del Estado, a la luz de la trayectoria recorrida desde entonces a la fecha por los ‘movimientos sociales’ (en particular el movimiento piquetero) y la izquierda apartidaria desde donde el autor se posiciona.

Todo lo que siempre se supo sobre el Estado pero nunca se atrevió a pronunciar

Según la interpretación del autor “la cuestión del Estado, el poder y la Nación (...) giran en torno a las formas posibles de autoemancipación colectiva en las actuales circunstancias históricas”. Algunas páginas más adelante aclara “preferimos ver al Estado como un momento de la totalidad social que no se puede escindir de las relaciones sociales, de las formas de acumulación, de las modalidades de la ideología hegemónica y las formas de dominación, en definitiva como una relación social y por lo tanto como una ‘relación de fuerzas’, como contradicción y lucha que atraviesan tanto las instituciones como la sociedad”. Por lo tanto “si asumimos que el Estado es lugar-momento de la materialización de las relaciones de fuerza, no cabe la actitud indiferente frente a las instituciones estatales”. Formulaciones similares se repiten una y otra vez. Quien reivindica la “búsqueda” de una “teoría del poder político popular”, y hace gala de erudición en materia de marxismo, exhibe toda su liviandad cuando omite a lo largo y a lo ancho de su análisis la cuestión del carácter de clase del Estado. La impostura consiste en presentar semejante ocultamiento como una audacia. “Por supuesto, los planteos poco rectilíneos (¿?) como el que proponemos —que le atribuyen al Estado otros roles y dimensiones posibles y que lo conciben como lugar contradictorio— también implican riesgos”. Ya nos ocuparemos de estos riesgos más adelante, que son otros que los que el autor quiere ver.

A lo sumo, de la exposición presentada puede deducirse que si el Estado defiende un interés de clase particular, esto es derivación de una relación de fuerzas desfavorable. Esta trivialidad se vuelve particularmente problemática en relación a un ‘caso’ particular. Según la concepción clásica, el bonapartismo es un tipo de gobierno que emerge frente a un equilibrio relativo entre las clases en pugna, y adquiere una “cierta independencia” respecto de ellas, convirtiéndose en un árbitro que se eleva por encima de los conflictos de clase. Naturalmente, esto no anula su condición burguesa, en la medida en que su fin último es la perpetuidad del régimen social en su conjunto —bloqueando el desarrollo político de los trabajadores. Sin embargo, omitiendo esta consideración, que sólo se deriva de la comprensión inequívoca del poder político vigente como un Estado ca-pi-ta-lis-ta, no es difícil imaginar bajo tales condiciones especiales que la orientación social del Estado se encuentra “en disputa”.

Lenin vs. Lenin, trastornos disociativos y otros cuentos

Según Mazzeo, el leninismo sería tributario de la concepción jacobina que considera al Estado un instrumento al servicio (o no) de la transformación social (se ampara en un pasaje donde Lenin sostiene que el revolucionario socialista es un jacobino ligado a la organización del proletariado conciente). De ahí, el planteo de una organización ideada para la captura de la máquina estatal, es decir, centralizada, profesional y disciplinada, o sea homogénea. Esto conduciría, como si se tratara de enfermedades congénitas, al “elitismo”, el “sustitucionismo”, el “culto a la técnica”, “mecanicismo”, etc. En una operación digna del historiador liberal más vulgar, Mazzeo identifica leninismo y estalinismo, el cual es presentado como el desarrollo lógico de la idea inicial.²

Sin embargo, en un raptó de originalidad, Mazzeo encuentra también un “segundo Lenin”. Frente al jacobino, centralista y elitista que todos conocemos, se erige — tímida-mente, ignorado por la historia y hasta por sí mismo— un Lenin ‘basista’, libertario e incluso federal; es el de *El Estado y la Revolución* y las *Tesis de Abril*. La pretensión no podría ser más absurda si se tiene en cuenta que entre dichos textos y el golpe “jacobino” de octubre no median más que unos pocos meses. La pueril creencia de que “los *soviets*, en sí mismos, fueron la refutación más acabada del *¿Qué hacer?*” ignora olímpicamente que sólo la tenaz lucha política (de partido) desarrollada por los bolcheviques contra mencheviques y socialrevolucionarios condujo a la toma del poder por parte de aquellos.

De todas maneras, la jugada no se limita a la clásica operación de construir un Lenin primo a su imagen y semejanza. Mazzeo encuentra una explicación “teórica” a esta curiosidad histórica. En realidad, el “Lenin bueno” y el “Lenin malo” están anclados en dos “momentos” diferentes: uno, en la revolución como acto, el otro en el proceso; uno en lo estatal, el otro en la sociedad civil. La escisión de Lenin entre un “estratega político” y un “reformador social” expresaría entonces una incapacidad para articular “dialécticamente” estos dos momentos. La separación entre sociedad civil y Estado no es para nuestro autor un producto de las revoluciones burguesas sino... ¡de la cabeza de Lenin! Sucede que en la concepción —bastante “rectilínea”, por cierto— del Estado como relación de fuerzas, éste no es más que la expresión política de la sociedad civil, una extensión de ella.

Cifrando como de costumbre sus opiniones entre planteos difusos, Mazzeo parece sugerir que esta escisión artificial habría sido superada por el concepto de hegemonía pergeñado por Gramsci, el cual opone a la dictadura del proletariado. Al margen de cualquier polémica sobre la obra del célebre revolucionario italiano, podemos decir que este hábil recolector de citas ya ha hecho de la tergiversación (“resignificación”) de los clásicos marxistas todo un deporte (ver Poy, 2009). El intento de contraponer la idea de la dictadura del proletariado de Engels a la de Marx no merece mayores comentarios.

¿Es necesario aclarar que la verdadera “disociación” es la producida por Mazzeo respecto del pensamiento de Lenin? Al oponer *El Estado y la Revolución* al *¿Qué hacer?*, naturalmente, desnaturaliza ambos textos, que por otro lado son una refutación implacable de las mismas ideas que Mazzeo proclama (el Estado como expresión de la correlación de fuerzas entre las clases y el movimientismo). Algunas otras “escisiones” que se nos propone abolir por medio de la “lógica de la participación” (en oposición a la de representación): masas y dirección, o dirigidos y dirigentes, medios y fines, práctica y teoría.

“Los dos polos de una antítesis, el positivo y el negativo, son tan inseparables como

antitéticos uno del otro y, pese a todo su antagonismo, se penetran recíprocamente” (Engels, 1998). Mazzeo repite y repite sin parar la palabra “dialéctica”, pero esta noción elemental parece escapar a la “dialéctica” autóctona del ‘interpelador’ de nuestras pampas; quizás sólo quiere evitar una dialéctica “preñada de eurocentrismo”.

Ganamos y perdemos, lo bueno es competir

En consecuencia con esta visión, Mazzeo postula un cambio radical en la organización de los explotados. La tradición histórica de la clase obrera que se estructura en torno a partidos y programas es descartada sin más bajo la denominación de “cultura anterior”. En un pasaje digno de una antología del posmodernismo (ver Callinicos, 2011), establece que “la situación planteada durante las últimas décadas del siglo XX (...) (produjo) (la) ruptura de una tradición, de un mundo material y de representaciones, de una cultura, de un imaginario político y de un conjunto de formas de lucha”.

La contraposición entre antiguo y nuevo “régimen emancipatorio”, en una pomposa alusión a la revolución francesa, supone que las clases populares, bajo la nueva norma de la democracia, estarían aptas para construir una nueva sociedad “desde las bases, por las bases y para las bases”. Se trata de borrar las fronteras entre dirigentes y dirigidos.

Así, en lugar de tomar el poder, expropiar a la burguesía, y dar un nuevo curso al desarrollo de las fuerzas productivas suprimiendo las divisiones de clase, se otorga primacía a las llamadas “luchas prefigurativas”. Los límites de tales experiencias fueron señalados por Marx ya en 1864, en relación al movimiento cooperativista inglés (owenismo);³ aunque Mazzeo, siempre fiel a su estilo, utiliza el mismo ejemplo para ensalzar la autogestión y atribuir su opinión a Marx.

Pretende ubicarse, con esta postulación, en una tradición que recorre la historia de los movimientos revolucionarios, con exponentes de la talla de Rosa Luxemburgo y Antonio Gramsci, otros como Anton Pannekoek, Wilhelm Reich, o más acá los anarquistas antiorganizadores, el senador del PS Enrique del Valle Iberlucea, las Fuerzas Armadas Peronistas de Raimundo Villaflor o el SITRAC-SITRAM. El conjunto no podría ser más heterogéneo. El autor, que se cree agudo cuando señala que “no existe ideología independiente” —que las ideas se forjan en la experiencia de las clases explotadas— no se pregunta, sin embargo, por qué la clase obrera llegó a organizarse en partidos a una escala tan inmensa como lo fueron la Segunda y la Tercera Internacional, ni, mucho menos, por qué declinaron y desaparecieron todas las corrientes de las cuales, en su propia interpretación caprichosa, se asume heredero.

Bajo el argumento de poner el foco en la creación de relaciones humanas de nuevo tipo, por sobre otros objetivos menos ‘nobles’, todo el contenido de la lucha revolucionaria queda absolutamente diluido. En efecto, si bien la palabra revolución es utilizada con frecuencia, no parece identificarse con otra cosa más que con un llamado “cambio social” de carácter indefinido. También se plantea el objetivo de una sociedad igualitaria, sin hacer referencia en ningún momento a relaciones de propiedad. Imaginar la revolución como un acto es, para este pensador, síntoma de una estrechez de miras ya superada. Más “dialéctico” es, por el contrario, pensarla como “proceso”. La toma del poder queda disimulada en este proceso sin principio ni final, del cual constituye apenas un momento que el “antiguo régimen emancipatorio” en su matriz jacobino-blancuista estado-céntrica habría sobredimensionado. Literalmente manifiesta: “el necesario punto de partida para fundar una nueva radicalidad es (...) la consideración de la toma

del poder como una ‘eventualidad’ (!) Lamentamos tener que señalar la obvia similitud entre este planteo y la máxima política del autonomismo, “cambiar el mundo sin tomar el poder” –pero la última es, eso sí, una formulación más honesta. Deducimos que a los que habitamos el presente nos resta ‘construir’ relaciones de fuerza favorables, las cuales tendrán oportunamente expresión en el Estado en la forma correspondiente. Así, llegamos a la sorprendente fórmula de “cambiar al Estado cambiando la sociedad”. Después de todo, la pretendida “superación dialéctica” conduce a la simple inversión de la “matriz jacobina”.

Como el autor es virtuoso en proveer refutaciones para sus propias ideas, citamos directamente sus palabras ridiculizando a los “intelectuales radicales” que se sienten “cómodo(s) pensando a larguísimo plazo” e “(instalan) el cambio social fuera del tiempo, o lejos, muy lejos (gesto por otra parte típico de Karl Kautsky)”, de quienes dice que saltaron “de lo político a lo cósmico”. Y de paso, también hacemos nuestro el siguiente señalamiento “la lucha *contra* el poder del Estado es una lucha *por* el poder del Estado”.

Remitiéndonos a la frase citada, podemos decir que el mismo autor nos sugiere una analogía algo pretenciosa, pero ilustrativa. A comienzos del siglo pasado, Karl Kautsky, habiendo despuntado con una refutación del revisionismo y hasta una reivindicación (abstracta) de la dictadura del proletariado (no pedimos tanto en este caso, por supuesto), termina adoptando todas las posiciones reformistas en oposición al marxismo revolucionario. La clave de semejante desplazamiento está atravesada por el problema del carácter de clase del Estado en su forma democrática y por la toma del poder; en última instancia, el problema se reduce a la intransigencia absoluta frente a la conciliación con la burguesía. Del mismo modo, aquí se emprende la crítica contra el autonomismo pero, dado el primer paso y enfrentado con la cuestión del poder, se da media vuelta y se emprende la retirada a todo trapo. Entre todas las salvedades de la comparación, queremos destacar apenas una: la misma metamorfosis que a Kautsky le tomó toda una vida militante, Mazzeo comete la hazaña de ejecutarla en el transcurso de un solo libro.

Vamos que venimos, ¿en qué quedamos?

Como vimos, Mazzeo termina arribando como conclusión a la misma premisa que se proponía combatir. En los términos en los que la plantea, es decir, incorporando (en un plano secundario) la ‘dimensión estatal’, no se diferencia esencialmente en nada del revisionismo. Aquí nos ha llevado el original innovador del siglo XXI.

Se trata de un reformismo particular y, por supuesto, muy devaluado. Eduard Bernstein, el gran teórico del reformismo, produjo sus ideas en el marco de un capitalismo que alcanzaba su cúspide histórica y de un desarrollo gradual de la socialdemocracia sostenido a lo largo de varias décadas. Un siglo después —guerras mundiales, crisis y revoluciones mediante— cualquier planteo de transformación social “a largo plazo”, o sea sin tomar el poder, carece de toda seriedad. Sería un atrevimiento de nuestra parte hacer énfasis (en relación a un texto publicado en 2005) en la actual bancarrota capitalista, cuyo desarrollo (en particular el creciente protagonismo de la clase obrera y el fenómeno de ascenso político de la izquierda, ya sea en su variante democratizante o revolucionaria) desmiente cada una de las tesis sostenidas aquí. Pero es de destacar que en el prólogo a la actual edición tampoco se hace referencia a crisis mundial alguna. Todo indica que se trata para el autor de un fenómeno intrascendente para los explotados en la lucha por su emancipación.

Mazzeo hace énfasis en la incubación de elementos de la nueva sociedad dentro de la vieja. Bernstein realizaba una argumentación similar, valiéndose por ejemplo de la centralización económica producida por los monopolios. Sucede que así como los fenómenos propios de la fase imperialista del capitalismo contienen efectivamente tendencias a su superación, bajo el actual régimen social el efecto es un incremento del despotismo de los capitalistas sobre los trabajadores y de la desorganización económica.

Mazzeo, en cambio, toma los elementos de transición “por abajo”, esto es, las mencionadas “luchas prefigurativas”, léase experiencias de autogestión, participación popular, y cualquier construcción “contrahegemónica” que apunte a una nueva “sociabilidad”. No parece atribuirle importancia a los efectos profundamente desorganizadores y disolventes del “tejido social” producidos por la descomposición capitalista en la actual etapa histórica. Solamente el mercado capitalista y las crisis periódicas ya ejercen una presión insostenible sobre, por ejemplo, las fábricas recuperadas. Ni hablar, en términos generales, del militarismo, la expansión imperialista, etc. En una eventual “medición de fuerzas”, estos factores parecen llevar las de ganar, tanto más cuando la decadencia capitalista no hace más que incrementar su potencia destructiva sobre las relaciones humanas. En todo esto, el entrelazamiento del gran capital con el Estado constituye un fenómeno decisivo. La única forma de contrarrestar estas tendencias, aunque solo sea a escala nacional en un período transitorio, tiene como precondition la posesión del poder político por los trabajadores, para llevar adelante una centralización de recursos y una planificación económica al servicio de un desarrollo de fuerzas productivas y de los intereses de los explotados.

La Selección Nacional es un ministerio más del Estado

En un capítulo dedicado exclusivamente a la cuestión nacional, cuestiona la tesis insostenible de que la “globalización” contemporánea esfuma la necesidad de luchas antiimperialistas.⁴ Como era de esperar, prácticamente deja de lado el papel de las burguesías nacionales como socias menores del imperialismo, y no se acerca ni remotamente a la necesidad de la independencia política de los explotados. El lugar del ‘enemigo interno’ es en todo caso reservado al “neoliberalismo”. Finalmente, reflexiona:

Podemos tomar el caso del nacionalismo como claro ejemplo de una modalidad de absorción en el marco de un proceso de mediación basado en la cooptación (...) A partir del nacionalismo se construyó la unidad de los dominadores y los dominados. Pero, como hemos visto, el nacionalismo (como componente de un nuevo bloque histórico) en los países periféricos aún está en condiciones de expresar un conjunto de intereses de las clases populares. El mismo carácter contradictorio y la misma potencialidad presentan la ciudadanía y la democracia, campos de tensión entre cooptación y lucha desde abajo o integración y conquista.

En relación a esta lógica tan remanida de “dar la disputa”, se hace eco de la fórmula de la politóloga Mabel Thwaites Rey, “luchar contra y en el Estado” (variación tergiversada de la estrategia ‘leninista’ de “combinar métodos legales e ilegales”, es decir, luchar por la destrucción del Estado capitalista ‘desde afuera’ y también ‘desde adentro’) a la cual atribuye el siguiente sentido: “luchar por clausurar sus instancias represivas y ampliar las que tienden a una sociabilidad colectiva”. En lenguaje llano: ¡abajo la ley antiterrorista, viva la Asignación Universal por Hijo! Ciertamente, ahora sabemos que el

autor es al menos capaz de “prefigurar” sus propias agachadas...

Movimientismo + nacionalismo = x

Como corolario, Mazzeo propone “pensar” la “herramienta política del campo popular”. Con esta expresión, revela su concepción “instrumentalista” de la organización, como un aparato ajeno a la conciencia política de los explotados. Literalmente, la entiende como una institucionalización del movimiento, en tanto “las demandas de los distintos sectores sociales sean canalizadas a partir del movimiento político por la vía de la incorporación de las reivindicaciones al ‘programa’” o “el movimiento (político) integre representaciones sociales y las incorpore al nivel de decisión ‘duro’”. Sin embargo, “en el proceso de conformación de un movimiento político revolucionario la relación dialéctica con las organizaciones de base es estratégica, (por lo que) sería sumamente contradictorio pensar al primero como estructura vertical y centralizada”. Y concluye: “en síntesis: imaginamos al movimiento político como una organización de organizaciones” que promueva “el protagonismo popular”. Se trata, a todas luces, del anti- *Qué hacer*.

En un breve comentario acerca de la historia argentina reciente, Mazzeo alude en la introducción de su libro a la cooptación (bajo el rótulo de “transformismo”) de las organizaciones populares, es decir, su integración al régimen vigente, en el período posterior a 1983 (Llamativamente, excluye de este fenómeno —en 2005— al movimiento de los derechos humanos, como una suerte de reserva “moral”; ¿habrá actualizado a la fecha esta caracterización?). La reflexión es lícita, y tanto más cuando el proceso se ha acelerado notablemente bajo el gobierno kirchnerista. Correctamente, Mazzeo enmarca la persistencia de este fenómeno en el proceso contrarrevolucionario cuya expresión acabada es el derrumbe de la Unión Soviética y la restauración capitalista. Pero el análisis se demuestra parcial en tanto no indaga por los límites de aquellas direcciones que habilitaron su absorción por la clase dominante. Precisamente la contestación de este punto es lo que preside la elaboración por parte de Lenin de su célebre libro. Caracteriza la tendencia hacia el reformismo de la socialdemocracia como un producto de su debilidad organizativa y de su falta de perspectiva política.

En el *¿Qué hacer?*, Lenin le plantea a la socialdemocracia rusa sus tareas prácticas en función de una estrategia de poder, es decir que realiza un abordaje “totalizante”. El mérito de Mazzeo consiste en que adopta un punto de vista similar en relación a las corrientes cuyo punto de partida es la hostilidad a los partidos revolucionarios. Por lo mismo desnuda, a la vez, todo su naufragio intelectual. En un prólogo a tono con la retórica del ‘marxismo desde Lanús Oeste’, nuestro ‘pensador’ se mofa de los epítetos recibidos a raíz de *¿Qué (no) hacer?*: “rancio antitrotskysta, nacional-popular, premoderno, posmoderno, neoleninista”, etc. Aquí no podemos más que coincidir, Mazzeo no es realmente nada de todo eso. Lo suyo apenas pasa de un eclecticismo acomodado a las circunstancias y de bajo vuelo. Esto explica su incapacidad para formular una verdadera estrategia independiente. A la luz de estas elaboraciones, no sorprende que el independentismo de la última década acabe emprendiendo su “incursión a la estatalidad” bajo el ala del nacionalismo pequeño burgués en descomposición.

Notas

¹ Dicho sea de paso, las corrientes históricas antagónicas que quedan englobadas en la expresión –trotskismo, estalinismo, maoísmo, guevarismo- no aparecen más que como “significantes” de una misma “matriz conceptual”; o, dicho en criollo, es todo lo mismo. ¡Menuda profundidad de análisis para comenzar!

² No podemos, sin embargo, imputar al autor falta de creatividad, ya que la “prueba” aportada en este caso es nada más y nada menos que el testimonio del Astrólogo, personaje de *Los siete locos* de Roberto Arlt.

³ “Es imposible exagerar el valor de estos grandes experimentos sociales” (las fábricas cooperativas); “(...) al mismo tiempo, la experiencia (...) ha demostrado (...) (que) el trabajo cooperativo (...) no está en condiciones de detener el crecimiento en progresión del monopolio, de liberar a las masas y ni siquiera de aliviar tan sólo un poco el peso de su miseria (...). La conquista del poder político es hoy, por eso, la gran tarea de las clases obreras”. “Manifiesto inaugural de la AIT” en Riazanov (2004).

⁴ Continuando con sus particulares ‘lecturas’, atribuye a Marx un “internacionalismo abstracto” y a Lenin un “nacionalismo antiimperialista”...

Referencias

Callinicos, Alex (2011) *Contra el posmodernismo*. Buenos Aires: RyR.

Engels, Friedrich (1998) *Del socialismo utópico al socialismo científico*. Barcelona: DeBarris

Poy, Lucas (2009) “En defensa de Mariátegui. Nacionalismo, indigenismo y socialismo en ‘Nuestra América’” en *En defensa del marxismo* n° 34. Buenos Aires: Rumbos.

Riazanov, David (2004) *Los orígenes de la primera internacional*. Buenos Aires: Rumbos.